

cortando camino hasta parar á las diez de la mañana del día siguiente en la cañada de las Torcazas, donde de la manera más extraordinaria celebró su matrimonio cinco años antes, improvisaron su barraca, hicieron su cocina, almorzaron llenos de gusto, descansaron y durmieron hasta proseguir á las seis de la tarde su marcha para llegar á Coroneo de noche no llamando la atención de ninguno, á posar al mesón mismo que repuesto les hizo recordar tristes memorias, lo mismo que el sepulcro muy arruinado que por desidia estaba á un lado de la iglesia lleno de hierbas y tepozanes que eran sus adornos fúnebres. De aquel pueblo partió el gobernador con Lorenzo seguidos de Simón y el Chango con dos mulas de avío hasta San Andrés, donde acompañado de la escolta que allí lo esperaba se siguió de frente hasta Morelia, y Lorenzo por Tajimaroa regresó al valle mientras Angel su cuñado con más comodidades, nuevos criados, y otras cabalgaduras fletadas, cortando por Santa María, Maravatío el alto, y otros pueblos, habilitado de dinero y su carta orden, á jornadas descansadas, llegó á recibirse de las haciendas que al instante le fueron entregadas, y Amparo empezó á disponer las habitaciones para los huéspedes que debían emigrar.

## CAPÍTULO XIV

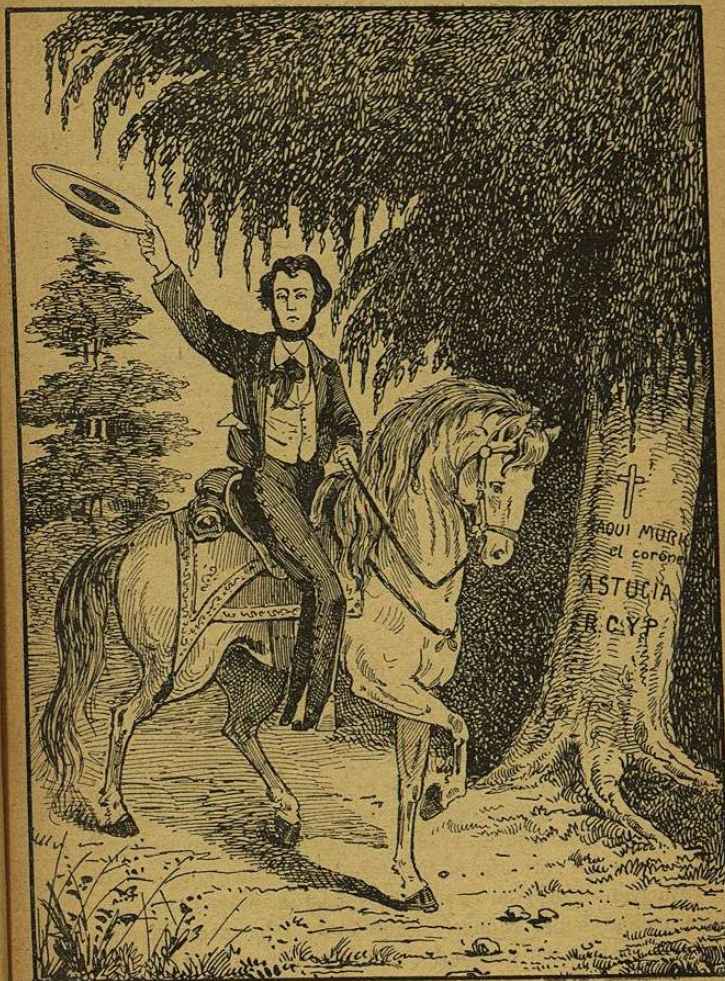
El extraordinario de Morelia. — Muerte del coronel Astucia. — Caída del gobernador. — El yerno y los suegros. — Las dos bodas. — Conclusión.

Lorenzo con sus viejos cachorros empezó con disimulo á transportar los diez y seis mil seiscientos pesos concedidos á sus *todos primitivos* para sus respectivas casas, destruyó sus habitaciones quemando maderas y no dejando indicios de ellas, y el último viajecito de Simón y el Chango, fué conduciendo en dos cajitas de madera muy curiosas, las cenizas de Clarita la madre de Enrique y los restos de su padre, que con precaución y disimulo se extrajo de los sepulcros, dándoles orden á sus enviados de no volver sino quedarse con su amita. El se quedó de huérfano andando de aquí para allí, comiendo en una parte y durmiendo en otra para no hacerse molesto, sin más avío que tres mudas de ropa interior, depositadas en un escondite del cerro de Tarimoro, y su caballo tortuguillo; todo lo dejó en corriente en menos de veinte días, ya habían pasado otros diez ó doce, cuando estando muy entretenido con sus *todos* en Laureles jugando gallos en celebridad de que comenzó la zafra ó molienda de caña, llegó á mata caballo un correo extraordinario conduciendo unos pliegos del gobierno, preguntando ansioso por el coronel Astucia á quien iban dirigidos. — ¿Qué se ofrece? dijo al que primero recibió el correo, y le gritó luego: — Aquí lo buscan de Morelia, coronel. Y pudiendo apenas disimular su alegría recibió las comunicaciones, y mandó que le dieran de comer á aquel hombre y un pienso á su caballo. — ¿Qué acontece, coronel? — ¿Qué hay, amigote? — ¿Qué es alguna novedad? así todos fueron preguntando llegando ansiosos á rodearlo. — Vean vds., ca-



balleros, bien nos dijo el señor gobernador, que ya está el sistema haciendo el borrachito, y yo lo que siento es que le truene á nuestro amigo el cohete en la mano. Uno de sus *todos* leyó en voz alta un oficio en que se ordenaba que con la más fuerza que pudiera reunir de la Seguridad, partiera á defender al gobierno á marchas forzadas, y que acompañaba un nombramiento en blanco para el interino que dejara puesto en su lugar mientras regresaba.

Al abrir el oficio en blanco cayó al suelo un papelito de puño y letra del gobernador que decía : — « Amado coronel, estoy en peligro, si no trae alguna gente para sostenernos, con su persona me bastará para salvar la existencia de su buen amigo. M. G. y D. » — ¿Y qué piensa vd. hacer, señor coronel? preguntó el prefecto. — Yo haré lo que opinen los señores; si vds. quieren ir á Morelia á pataratear y exponerse á un pelotazo, yo los conduciré al combate, pediremos el sitio más arriesgado, y prestaremos nuestros débiles servicios al gobierno que nos llama. — Yo no puedo abandonar los intereses que tengo á mi cargo. — Ni yo puedo tampoco dejar mi comercio solo. — Yo siempre he estado, estoy y estaré neutral en las cuestiones del país. — A mí nunca me ha gustado ser soldado. — Ni á mí me acomoda tomar cartas en asunto de política. Y así todos fueron chispándose sin que ninguno quisiera acompañarlo. — ¿Por qué no junta vd., coronel, trescientos ó cuatrocientos infantes y marcha con ellos si tiene voluntad de proteger al gobierno, éstos serán más fáciles para reunirse y menos gravosos al Erario? — Porque á proporción tienen los mismos inconvenientes que vds. y más si se quiere, comparando su situación, á lo que se agrega que son pobres, yo los he armado para conservar aquí el orden y la paz de que hemos estado disfrutando, no para que de mitoteros anden de aquí para allí. — ¿Pues entonces cuál es su determinación, señor coronel? — Ya la podían haber supuesto, caballeros, y basta que jamás me haya gustado ser partidario, ni tener color político para que no se alarmen, que se vayan los del gobierno con su música á otra parte á trompetear al calvario, que nosotros ni estíramos ni alojamos, esa comunicación irá al tompeate y lo que fuere sonará; ¿qué les parece mi resolución? — Magnífica, al tom-



Adiós, delicioso valle, mi tierra natal.



peate. — Sí, al tompeate. Y todos quedaron muy contentos, diciendo uno : — Este girito aguanta un tapado de diez y diez. — Este malatoba, un careado de quince y quince. — Un momento, señores, luego jugaremos, aquí viene un sobornal, ó como si dijéramos posdata; miren este papelito de nuestro amigo. Todos lo leyeron y el último dijo : — Esto cambia de paridad. — Es cosa grave, expuso otro. — ¿Qué no sería bueno también condenarlo al tompeate? opinó un tercero. — Sería una vileza, replicó el coronel con seriedad, yo soy esclavo de mis amigos, vds. han visto que ese hombre me acaba de colmar de favores y mañana vds. serían los primeros en calificarme de ingrato; como aquí sólo pide el servicio de mi persona, de nadie necesito para ponerla á sus órdenes; oiga vd., señor purgador, hágame favor de mandarme ensillar mi caballo, y si ese mozo que vino ya almorzó, que aliste su animal para marcharnos. — Hombre coronel, no se precipite, mire que por allá abundan las traiciones, las malas partidas y... — ¿Y porque allá abunda todo eso hemos de imitarlos? ¿qué más traición y mala partida que negarse á servir á un amigo que nos dice : « Su persona me bastará para salvar mi existencia »? Sería el hombre más villano, el más infame si no hago cuanto pueda para recompensar sus favores. Excusen sus opiniones sobre este asunto y vamos á otro, aprovechemos este nombramiento en blanco para que si por desgracia dilato, me pegan un pelotazo, ó cualquiera otra contingencia esto no quæde solo. — Yo creo que es excusado, contestó uno, ¿qué puede vd. dilatar, y por qué eso de suponerse desgracias? — Porque no voy á ver jugar gallos con navaja, caballeros, sino tal vez á hacer de gallo, y dar ó recibir chincharrazos. En fin, elijan vds. á quien les parezca, el tiempo urge, tal vez llegue tarde, y entretanto voy á sacar mi caballo.

Hubo luego mil debates, ninguno quiso echarse encima esa encomienda, volvió ya el coronel listo y el correo montado, y después de mil excusas le echaron el cargo al prefecto, que como el primero de la junta menor, le alegaron corresponderle de derecho, y estar más al tanto del manejo de los negocios y fondos; le llenó á la comunicación el nombre y después dijo : — Por si una fatalidad, una desgracia de las cuales nadie está



safo me condena á ser calavera de aquellos campos santos, ¡adiós, señor Prefecto! — Adiós, señor D. Fulano, y despidiéndose violentamente de los presentes exclamó: — ¡Adiós en fin, mis *todos!* que... Montó á caballo y partió á escape dejándolos perplejos, y así que estuvo á buena distancia acabó de expresar su pensamiento: Que egoístas, viles y canallas, no son más que conveniencieros; estercólalos, Tortuguillo, échales la tierra en la cara. ¡Malditos sean por ingratos! demasiado les dí á entender que no voy á divertirme, y ninguno siquiera de fingido ha sido para ofrecerse á acompañarme, facilitarme un peso para el camino, un caballo de mano, un criado, ahí les pesará mi ausencia y me llorarán con lágrimas de sangre; Dios los libre de la anarquía, y donde quieran como antes subyugar á los pueblos, que he defendido de sus garras, ya me supongo el uso que harán de sus fusiles, no les arriendo las ganancias porque caro y muy caro pagarán su inconsecuencia. *Todos para uno, una para todos*, qué bien comprenden estos hombres estas palabras, dejan al *uno* á que corra el riesgo, mientras los *todos* se quedan divirtiéndose. Con estos pensamientos, y otros por estilo, cortando por veredas y atravesando matorrales llegó al pie de Tarimoto, allí le dijo al extraordinario que lo seguía: — Váyase al tranco, y me espera en la falda de aquel cerrito pelón. Quebró su caballo y se encumbró hasta la cima.

— ¡Pobre coronel! dijo el Prefecto mirándolo ausentar. — Quién sabe, agregó otro, si le costará muy caro su eficacia. — ¡Pero, hombre! exclamó el administrador de Laureles, somos unos infames, vemos que se marcha solo y á ninguno nos ha ocurrido facilitarle un criado; la declaración de indulto aun no se habrá hecho extensiva, el hombre tiene su cabeza vendida, quién sabe si esto ha sido un ardid de sus enemigos para tomar una venganza; con un par de mozos que le hubiéramos dado cada uno llevaba un escuadrón que escoltara su persona; pero somos unos mentecatos. — No se figure vd., señor D. Luis, ninguna fatal consecuencia; si el coronel, respondió un comerciante, hubiera necesitado de nosotros, demasiada franqueza tiene para que nos hubiera pedido lo que quisiera; lo que yo creo es que como amigo del misterio y tantos ardidés como discurre, se propuso desde luego ir á poner en

juego alguna de sus zanganadas para librar á su amigo, dentro de quince ó veinte días lo tendremos de vuelta, querrá dar por allá su espia á ver cómo queda la cosa pública y venirnos á contar sus proezas. — Ni duda, agregó otro, y como no tuviera ese orgullo de los charros Hermanos de la Hoja que capitaneó que siempre declina en fanfarronadas, sería nuestro coronel intachable. — Yo no veo que en esto haya nada de esas cosas, replicó el Prefecto. — ¿Cómo no? sostuvo un tercero, eso de que sólo su persona baste para salvar al gobernador, no pasa de andaluzada, una golondrina no hace verano. — Lo que fuere sonará, dijo otro con ménosprecio, este giro aguanta un tapado de diez y diez. — Sí, sí, á lo que se juega, le respondieron, no venimos á llorar ausencias, y siguieron en su diversión.

Lorenzo recogió la ropa sucia que allí tenía y la acomodó en los tientos, rascó con su puñal al pie de una hermosa ziranda enterrando el despacho de coronel y nombramientos, los tapó con tierra y aplanó á patadas diciendo: — Duerme en paz, coronel Astucia, jefe nato de la Seguridad Pública y visitador general del valle de Quencio, aquí te tocó la renagada. Hizo pedazos los demás papeles que tenía en la bolsa relativos á su cargo y los arrojó pará la profundidad, á la vez que decía: — Vuela, fama del difunto que aquí descansa, para que como todas las glorias de este mundo, vaguen por el espacio en menudos fragmentos unos cuantos días, se conviertan en polvo y al fin sean consignadas al olvido. En la corteza del árbol abrió una gran cruz con su puñal, luego grabó con letras muy claras: *Aquí murió el coronel Astucia. R. Q. I. P.* tantos de tantos, etc. Vamos á ver qué suerte corre en tierra fría Lorenzo Cabello. ¡Gracias, Dios omnipotente, gracias porque no me retiro de este valle con las penas, tormentos y pesares, con que hace ocho años largos entré, para agotar mis lágrimas y apurar mi sufrimiento! Sacó su cartera y escribió en una hoja blanca: — « Padre mío, dejo enterrado á la salida del valle al coronel Astucia que ha muerto de repente, R. Q. I. P. En este instante marcha para las haciendas adonde á todos estrechará en sus brazos, su hijo. — Lorenzo Cabello. »

Montó á caballo, y prosiguió á despedirse diciendo: —



¡Adiós para siempre, delicioso valle, mi tierra natal, que abrigaste en tu ancho seno y en tu ameno suelo á los prófugos de Tlaxcala! ¡Adiós, deliciosas selvas, encumbrados cerros y floridas vegas [que han sido testigos de mis amarguras! ¡Adiós, rancho de las Anonas adonde vi la luz primera, y tus labores han sido regadas con el sudor de mi padre! ¡Adiós, hermosa cañada de Capirio cerro pelado de la Culebra y frondosa rincónada de Cooporillo que dieron abrigo á mi Reina, mi Diosa y mi Deidad! ¡Adiós en fin, mis egoístas *todos*, Dios quiera que jamás nos volvamos á ver por estos sitios! Bajó precipitado, arrancó la hoja, le puso cubierta, y dijo al correo: — Esta para S. E. y dígale de palabra que voy á reunirme con la gente que me espera, y que pronto nos veremos; tenga esa media onza para el camino, y esta entera que le doy de gala, córtese por aquella huizachera, y luego que encumbre ese cerrito de pinos cae derecho á las veredas que van á Ziraguato, de allí se dirige á Cuitareo y agarra el camino real de Zinapécuaro. El hombre aquél contentísimo siguió el derrotero indicado, y él tomando otro se dirigió para Tajimaroa en donde se habilitó de comestibles por segunda mano, siguiendo de frente por Jaripeo el chico, atravesó los linderos del grande, dejó á su izquierda al pueblo de Irimbo, y llegó al amanecer del día siguiente á Coroneo, allí descansó todo el día y con mucho desahogo puso en menos de tres días, cerca de cincuenta leguas de por medio.

Para de una vez terminar con el finado coronel, baste saber que por más indagaciones que hicieron sus *todos* no pudieron conseguir ninguna noticia, y aunque también indagaron del paradero del gobernador para ver si por ese arbitrio aclaraban algo tuvieron informes muy contrarios, unos decían que había sido tan precipitado su costalazo que hasta la tierra había perdido, otros que desbarató su bufete y con lo que pudo pellizcar en el tiempo de su gobierno, se fué á dar una paseada por Europa, y la generalidad, que siendo muy déspota lo habían expulsado de la República. Hasta seis meses después de la ausencia del coronel, unos vaqueros notaron la cruz de la ziranda y la fatal noticia que anunciaba en su tronco, dieron parte, se armó mucho mitóte, y los *todos* se empeñaron en que

se recogiera su cuerpo, comisionando al secretario del Prefecto para que lo buscaran ofreciéndole cien pesos si desempeñaba bien su comisión. El hombre aquél ya se volvía loco, en vano escarbaron por cuantas partes le ocurrió, ya tenían más de ocho días de estar allí remontados y no adquirían ni el más leve indicio, casualmente estando solo se encontró los papeles, metió en la caja que llevaban dispuesta troncos podridos, excavó con mil afanes allí mismo un hoyo capaz de hacer creer que de allí había sacado el cuerpo, y que en la bolsa de la chaqueta encontró aquellos documentos. Reclavó la caja, cubrieron con brea las junturas, ponderó la hediondez del cadáver, que tenía muchas puñaladas, y supo fingir su papel con tan buen estudio que dieron crédito á sus palabras, agotando su ingenio por asegurar los cien pesos ofrecidos, justificando sus dichos con los despachos muy podridos que entompearon á los entompeadores, le hicieron muy clásicas exequias, y junto al sepulcro de su padre en Jungapeo, se fabricó el de su muy sentido coronel que fué generalmente llorado, y le pusieron por epitafio: A SU MUY QUERIDO UNO, *le dedican esta memoria* SUS AGRADECIDOS TODOS. — R. Q. I. P.

Naturalmente divulgada la muerte del gato, aparecieron los ratones, el Prefecto jamás pudo desempeñar el lugar de Astucia, y sucedió lo que al retirarse Lorenzo les predijo. Se desató la más horrorosa anarquía y desconcierto, ni con millares de reatas florideñas se les podía hacer entrar al orden. Descontentos todos, amagados por las necesidades, y tratando el gobierno de desarmarlos desconocieron á las autoridades, casi todos se remontaron, resucitaron cuestiones de haciendas contra los pueblos que el coronel había transigido y éstos remeteron sus demandas á los hechos, haciéndose justicia con las puntas de sus bayonetas, de modo que los *todos* tuvieron que lamentar la pérdida de su *uno* con lágrimas de sangre, y ninguno era capaz de remediar aquella desmoralización de la gente que antes formó la Seguridad Pública del valle.

El Gobernador fiel á su palabra violentó el término de la carrera de su futuro yerno, de Enrique, sin darse por entendido del inmediato parentesco que lo ligaba con su tío Lencho á quien suponía soterrado en tierra caliente y en desgracia,



manteniendo sólo relación epistolar de vez en cuando, habiendo sentido mucho no acompañar á su maestro á la expedición para visitarlo, pero los encargos que le dejó como discípulo favorito y de más confianza, lo obligaron á quedarse aunque no muy á su pesar porque era el único hombre que cuidaba de la familia que ya consideraba como suya, bastó sólo que Enrique fuera presentado por el gobernador, para que sin muchas dificultades lo aprobaran y recibiera su título, etc. Poco á poco fué el padre descubriéndole á la mamá y sus hijas la existencia de Amparo; para justificar sus palabras, después de contarles todos sus pormenores y ocurrencias les entregó una carta para ella y algunos regalitos, entre los cuales iba para la madre un rizo del cabello del Changuito que lo había encantado; llenas de gusto no hallaban cómo dar gracias á Dios de su ventura, y más la señora cuando le dijo su esposo la resolución tomada en el Edén de Cooporillo y el pacto convenido entre el gobernador y la Deidad, ó el padre y la hija. — Mariano, le contestó su esposa abrazándolo delirante y llena de entusiasmo, desde este instante te voy á querer de nuevo, bendito sea Dios que ha escuchado benigno mis ruegos, nunca para el bien es tarde, me parece que aun estamos en nuestra edad de dulces ilusiones, y allí donde nací tendré recuerdos halagüeños, en vez de tantos sinsabores y molestias como aquí me han atormentado. ¡Bendito sea Lorenzo, y Dios se lo pague al dicho coronel Astucia! desde que lo conocí me simpatizó, y ahora que será mi yerno le prodigaré sin embozo mi ternura, sólo á su amor, su arrojo, y fuerza de voluntad, después de Dios, le debemos la existencia de nuestras hijas: ya no veo la hora que nos marchemos de este maldito chismal, de este piélago de juzgadero, de este mar de embustes y fingimiento, en fin, de este purgatorio que llaman sociedad donde trabajan sólo la lengua y las tijeras criticando al mundo entero; manda vender á la tienda esos libros que te han enalvecido para que envuelvan azafrán, que se lleven á la cohetería esos expedientes que te están dejando ciego, quémalo todo, que más que nos vayamos á pie con nuestras enaguas de jerguetilla, zapatones de cordobán, y sombreros de palma, cargando con un ayate nuestros petatitos, allá seremos los amos y gozaremos con nuestros hijos llenos de

gusto y satisfacción lo que Dios nos dé, y el constante trabajo de mi padre nos dejó. Corre, Mariano, corre, echa al maldito gobernador enhoramala, con cuatro letras lo confundes en el abismo, pero no, no le seamos ingratos, si no hubiera sido por él no vas al valle ni acontecen tantas cosas como han pasado que me parecen milagros, anda á descender con la dignidad con que subiste, que nadie nos señale con el dedo ni tengas que bajar los ojos ante ningún fifiriche de esos maromeros que te elevaron; que se rasque cada cual con sus uñas, y vuélvete egoísta por convencimiento sacado de tu propia experiencia; Amparito vale lo que pesa, me la voy á acabar á caricias, y como tiene tu genio claridoso y sostenido, te supo hablar en tu propio idioma. De veras que es una Reina, Diosa ó Deidad, pues sus palabras te llegaron al corazón, lo repito, Mariano, desde este instante me enamoras y comienzo á amarte con el mismo fuego que hace más de treinta años. Voy á mandar llamar á la corredora que venda tanto trapo inútil como costoso, y que son impropios para usarlos allá. — ¿Pero, hija, qué vas á hacer? — A desocupar esos roperos, no quiero blondas, rasos, terciopelos ni nada que me apeste á la ciudad, con unas enaguas de muselina ó mis castores, allí será también la reina, con este dinero en gallinas que lo emplee lo veré reproducir, multiplicarse, comeremos muchos blanquillos, buenos pollos sin que nadie moteje si están bien ó mal hechos, ni digan que ya no se usan, están feos, cuánto han costado, si los compraste al plazo ó es regalo de tus clientes, gajes de la testamentaria de fulano, una pluma de la águila nacional, basuritas de la audiencia, marmaja de tu bufete, y tantísimas chifletas y dichos picantes de las que al ver estrenar á uno un trapo hacen la más crítica disertación y nos de spellejan vivas; si tú vas desengañado de los hombres, yo no lo estoy menos de las mujeres, y como ranchera voy contentísima á concluir mis días como los empecé, á disfrutar respirando el aire libre del campo y gozando de la vida á mis anchuras, cumpliendo en todo y por todo mi voluntad, sin ser el espejo de todo el mundo que fiscalizan y motejan hasta mi modo de andar; esto es una tortura, un infierno, voy á estar en la gloria. — Tienes razón, mamá, replicó Aurelia, esto cada día se complica, y Dios